

CAROL

Miguel hubiera querido tener un hijo desde el principio de nuestra relación. Le gustaban mucho los niños y era muy cariñoso. Tras varios años intentando tener un hijo no conseguí quedarme embarazada así que decidimos tramitar la adopción. Mientras tanto yo afiancé mi carrera de abogado y Miguel continuó su trabajo en la vigilancia costera.

Tras doce años juntos, vino nuestra deseada Carol. Apenas contaba quince días de vida cuando fuimos a por ella al centro de adopción. Era una niña sana, con una vitalidad inigualable, y unos ojos tan abiertos que parecía que quería captarlo todo con su mirada. Era diferente al resto de los niños de su edad.

Tras la adopción disfruté el permiso que por ley me correspondía, aunque los últimos días de mi baja maternal fui retomando el contacto con el bufete, dejando a Carol con Miguel en sus días libres. Mi hija creció al abrigo de un padre justo, cariñoso, que la educó en principios que la convirtieron en un espíritu libre. En sus primeros años era frecuente verla pasar las tardes en la sede de la Cruz Roja, conviviendo con los voluntarios, escuchando sus conversaciones, empapándose de sus ideales. Fueron varias las veces que Carol se topó con la llegada a tierra de una patera atestada de inmigrantes.

Vivíamos en la costa de Cádiz, que recibe cada año centenares de inmigrantes que arriesgan su vida para alcanzar nuestras playas. Miguel siempre decía que cada uno de estos inmigrantes que arriba a nuestras costas encierra en su interior una particular historia. Cada pequeña grieta en su joven piel esconde kilómetros de desierto, noches a la intemperie, humillaciones. Mujeres que llegan embarazadas porque durante esos meses de penuria, a veces atravesando varios países, han sido violadas repetidas veces. Miguel decía que era desgarrador verlos llegar con esa mezcla de miedo a lo desconocido y a la vez de deseo de ser acogido. A eso había que unirle el frío, el hambre, el sentimiento de haber tenido que tirar por la borda los cadáveres de compañeros que fallecían durante la travesía. A Carol le entusiasmaba escuchar todas aquellas historias de vida que le contaba Miguel cada día.

En cada patera que llegaba a la costa viajaban dos o tres niños, en los que Carol se veía reflejada, sintiendo doble curiosidad: eran niños como ella y además tenían el mismo color de piel.

Desde muy pequeña a Carol le explicamos su condición de niña adoptada, aunque eso no la hizo sentir diferente.

Mientras, yo continué con mi frenético ritmo de trabajo, a la vez que nuestra relación terminó de enfriarse, por lo que, de mutuo acuerdo, decidimos separarnos. Carol tenía entonces ocho años. No perdí el contacto con ella.

Se hizo voluntaria de la Cruz Roja y era feliz compartiendo sus momentos con los otros voluntarios y ayudando a los demás. Aquello se convirtió en su razón de vivir.

Yo la veía algunos fines de semana, era una adolescente responsable, sacaba muy buenas notas, y sin darme apenas cuenta estaba estudiando Enfermería. Quería trasladarse a vivir a Madrid, y trabajar en el Hospital Universitario de Fuenlabrada, donde ya trabajaban algunos amigos suyos.

Su graduación fue muy especial. Al finalizar la fiesta que hicimos en la playa junto a sus compañeros de voluntariado, Miguel y yo quisimos darle a Carol un pequeño colgante con una ranita de la suerte que le habíamos comprado para la ocasión. Nos llevó a su lugar preferido, donde tantas horas había pasado observando el mar. Sentados sobre aquella roca permanecimos los tres, sin saber que aquel momento sería el último que pasaríamos los tres juntos. Miguel falleció días después tras un infarto de miocardio. Fue un golpe muy duro para Carol y durante aquellos días estuvimos más unidas que nunca.

Un día llegó a casa y me explicó que la pérdida de su padre le había hecho cambiar de planes de trabajo, que se marchaba para trabajar como voluntaria a Juba, en Sudán del Sur, devastada por la guerra civil que se había mantenido durante seis años, país desde el que quizá algún día viajó su madre biológica hasta España, buscando un futuro mejor.

El momento de la despedida en el aeropuerto me hizo añorar los momentos que no había pasado junto a ella. Me dio un abrazo de los que sólo ella sabía dar. Las dos echábamos de menos a Miguel y sabíamos que allá donde estuviera nos cuidaría.

En los siguientes meses solo pude hablar tres veces con ella. Las comunicaciones eran muy deficientes y teniendo en cuenta la situación de aquel país me consideraba afortunado. Se la oía tan emocionada...

Trabajaba en uno de los campamentos de refugiados que había establecido la ONU. Ya el primer día había conocido a dos niños. El menor de ellos, Bongani, de diez años, estaba ingresado en el hospital de campaña por diarrea. Habían perdido a sus padres en el conflicto en un ataque a su poblado. Abasi, el mayor de los dos, de doce años, permanecía día y noche junto a la cama de su hermano enfermo. Carol se hizo rápidamente la protectora de esos dos niños, y se hizo cargo de ellos aún cuando salieron del hospital. Hacía su trabajo, como todos los voluntarios del campamento, exprimiéndose al máximo cada día. Así un día tras otro, y tras otro.... Carol estaba agotada. Había perdido mucho peso y descansaba menos de lo que debiera. Después supe que un par de semanas después de la segunda llamada, mi hija enfermó. En la tercera llamada apenas pude oír su voz, y un compañero suyo continuó la conversación conmigo. Esa era una llamada de despedida. Esa misma noche cogí un vuelo hacia donde estaba mi hija. Mientras yo me acercaba a Carol, ella se alejaba para siempre de mí, rumbo a las estrellas. Al llegar, tan solo pude recoger sus pocos objetos personales, entre los que estaba su ranita de la suerte

Carol murió haciendo aquello que más le gustaba, que era ayudar a los demás.